

# La forma fundamental del dominio es el *racket*

Martin Traine

Max Horkheimer y la política

«La forma fundamental del dominio es el *racket*».<sup>1</sup> En su lenguaje austero, Horkheimer apunta en un escrito de 1942, concebido para la publicación conjunta con Adorno como uno de los «fragmentos filosóficos», las principales conclusiones teórico-políticas de una crítica radical del iluminismo:

*El racket* ha impregnado con su sello hasta ahora todas las manifestaciones sociales. Ha dominado como *racket* del clero, de la corte, de los propietarios, de la raza, de los varones, de los adultos, de la familia, de la policía, de los criminales; y dentro de cada una de estas esferas han dominado los *rackets* individuales que se oponen al resto.<sup>2</sup>

«Siendo el verdadero Leviatán –traduce Horkheimer su descripción a la terminología filosófico-político moderna– el *racket* exige un contrato social incondicional.»<sup>3</sup>

El contraste entre la ubicación central de esta teoría criminológica de la política en la obra tardía de Horkheimer y la escasísima recepción experimentada es nota-

---

1. Max Horkheimer, *Die Rackets und der Geist* (1942), ahora en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, vol. 12, p. 287. En el sentido en que Horkheimer lo emplea, los diccionarios de la lengua inglesa definen el término *racket* como práctica deshonesta para obtener dinero o ventajas, como sistema ilegal organizado, pero también –en el slang americano– simplemente como actividad, trabajo u ocupación. La falta de un equivalente unívoco y común en castellano me inclinó, en conformidad con la redacción, a dejarlo en original pero siempre en cursiva. En la última versión revisada (1969) de la *Dialektik der Aufklärung* (1944), Horkheimer y Adorno lo traducen ocasionalmente como «sistema organizado de dominio».

2. *Ibid.*, p. 291.

3. *Ibid.*, p. 289.

ble. Se debe con seguridad a la compleja comunión establecida en los años de reconstrucción alemana entre los padres de la teoría crítica y sus receptores, reconocidos o ilegítimos. En las páginas que siguen intentaré primero contextualizar la teoría de los *rackets* dentro de la discusión sobre el totalitarismo en el interior del paradigma francfortiano, y las tesis del primado de la política (i); subrayar después en ese marco las principales conclusiones teórico-políticas de la dialéctica de la víctima como internalización del poder en la crítica de la ilustración (ii); para cerrar con una consideración general sobre el pesimismo y la política (iii).

## i) El primado de la política

No sólo su lento ingreso al mundo académico había exigido del marxismo recuperar la abstracción teórica perdida en su masificación ideológica, y en manos cada vez más alejadas de Europa central; los cambios históricos notorios que habían erosionado definitivamente su capacidad predictiva como ciencia social reclamaban la revisión urgente de sus fundamentos. Ya antes de la caída de la República de Weimar y del advenimiento de los estados totales, el clima intelectual de la izquierda alemana reflejaba una generalizada fragilidad de convicciones. En ese contexto la recepción de la sociología weberiana, aquí y allá el regreso a Kant, el interés por la psicología incipiente y la recuperación de las tradiciones filosóficas crítico-culturales trazan caminos por los que intelectuales dispersos o pequeños grupos intentaban recomponer una semántica de interpretación social crítica. La fundación del Instituto de Investigaciones Sociales adscripto a la Universidad de Francfort en 1924, debida a imponderables, curiosamente vinculados con la historia argentina, terminó por ser una de las pocas, si no la única, institucionalización de aquellas inquietudes.<sup>4</sup> Una revisión sistemática del marxismo tuvo lugar sin embargo sólo más tarde, cuando otra serie de avatares fortuitos condujeron a la designación de Max Horkheimer como su director en 1931. Un cambio que afectaría el perfil ideológico, pero ante todo la base teórica en su conjunto, y, con ella, la metodología de investigación. Horkheimer haría del problema de la «crisis» de la sociedad industrial avanzada, que ocupaba entonces el centro de las preocupaciones teóricas, un objeto complejo para cuyo aná-

4. Sobre la historia del Instituto véase Martin Jay, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research 1923-1950*, Boston, Little, Brown, 1973, 1973; Rolf Wiggershaus, *Die Frankfurter Schule. Geschichte. Theoretische Entwicklung. Politische Bedeutung*, Frankfurt, Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1988. También Paul Kluge, *Die Stiftungsuniversität Frankfurt am Main 1914-1932*, Frankfurt, Kramer, 1972, vol. 4, cap. II, pp. 486-513; Ulrike Migdal, *Die Frühgeschichte des Instituts für Sozialforschung*, Frankfurt, Campus-Verlag, 1981.

lisis proponía varios niveles simultáneos de tratamiento, entre otros: redefinir el vínculo entre saber y acción sociales, volver a observar las relaciones causales entre Estado y economía, indagar en los mecanismos psicológicos de mediación individual y colectiva y escarbar en el campo hasta entonces incierto de las formas de expresión cultural en la sociedad de masas.<sup>5</sup>

Si la diferenciación de estos momentos teóricos transluce la profundidad del cuestionamiento sobre el estatuto de la racionalidad en la sociedad moderna abierto por el grupo alrededor de Horkheimer, el epicentro de los temblores conceptuales del Instituto tuvo lugar en la discusión acerca de la evolución del capitalismo. El número inaugural de la *Zeitschrift für Sozialforschung*<sup>6</sup> es testimonio de la primera vuelta de esa pelea que se llevó a cabo respetando todas las reglas de la disciplina legada por Marx. Mientras que Henryk Grossmann se proponía demostrar que la «regularidad crítica» del capitalismo no se explica a partir del esquema del valor, sino del de los precios de producción,<sup>7</sup> Friedrich Pollock insistía en que las «intervenciones en la formación libre de precios» modifican sustancialmente «la estructura del sistema económico liberal», que ahora limita «la actividad y [...] la responsabilidad empresarial libres».<sup>8</sup> La crisis no se comprueba ni siquiera en el nivel de la formación de precios. «El capitalismo [...] –según Pollock– en principio podrá existir por un tiempo incalculable.»<sup>9</sup> En el lugar del modelo liberal se ha instalado un nuevo orden de economía planificada, en cuyos marcos no es de esperar «ninguna fractura automática», desde el momento en que mecanismos centralizados de «planificación social» regulan «producción y distribución», y neutralizan con ello los conflictos sociales. Una nueva dimensión del Estado, el avance tecnológico extraordinario y una voluntad política unificada entre las élites dominantes, sientan las bases de un sistema cualitativamente distinto. Eso no significa que la ley del valor haya perdido vi-

5. Max Horkheimer, *Die gegenwärtige Lage der Sozialphilosophie und die Aufgaben eines Instituts für Sozialforschung* (1931), ahora en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, op. cit., vol. 3.

6. *Zeitschrift für Sozialforschung*, editada por el Institut für Sozialforschung, Frankfurt, 1932-1941.

7. Henryk Grossmann, «Die Wert-Preis-Transformation bei Marx und das Krisenproblem», en *ibid.*, vol. 1 (1932), 1/2, pp. 55-84.

8. Friedrich Pollock, «Die gegenwärtige Lage des Kapitalismus und die Aussichten einer planwirtschaftlichen Neuordnung», en *Zeitschrift für Sozialforschung*, op. cit., vol. 1 (1932), 1/2, p. 12. Los estudios sobre la obra de Friedrich Pollock son escasos. Véase Manfred Gangl, *Politische Ökonomie und Kritische Theorie. Ein Beitrag zur theoretischen Entwicklung der Frankfurter Schule*, Frankfurt, Campus-Verlag, 1987; también, en Friedrich Pollock, *Stadien des Kapitalismus*, con introducción y notas a cargo de Helmut Dubiel, Munich, Beck, 1975. Birgit Brick/Michael Postone, «Kritischer Pessimismus und die Grenzen des traditionellen Marxismus», en Wolfgang Bonß/Axel Honneth (eds.), *Sozialforschung als Kritik. Zum sozialwissenschaftlichen Potential der Kritischen Theorie*, Frankfurt, Suhrkamp, pp. 179-239.

9. Friedrich Pollock, «Die gegenwärtige Lage des Kapitalismus», op. cit., p. 16.

gencia, ni el mercado dejado de existir. La esencia de la sociedad capitalista continúa siendo la compra-venta de fuerza de trabajo. El «pensamiento ingenieril», sin embargo, es capaz de revertir irreversiblemente la historia.<sup>10</sup> Pocos años después, en el exilio americano, Pollock profundizó su teorema original validando la terminología oficial del Instituto. El «capitalismo de Estado»,<sup>11</sup> en tanto que sistema estructurado en la mercancía, pero funcionalmente regido por «una racionalidad técnica unilateral», se revela como una totalidad hasta entonces desconocida, cuyos «órganos ejecutivos tienden cada vez más a actuar como máquinas [...] con el más alto grado de precisión y cálculo técnicos».<sup>12</sup>

Del puente teórico tendido entre el proceso de racionalización occidental y la maduración de la sociedad totalmente controlada se abrieron los caminos disciplinarios de investigación del Instituto. También después de su disolución, críticas singulares de la «razón instrumental» en la música, la literatura o los medios de comunicación de la cultura unidimensional, que impregnaron la retórica dominante de los impulsos juveniles posmaterialistas, son un reflejo de aquella tesis. La contracara política de la argumentación de Pollock es menos conocida, pero no menos interesante: el avance incontenible del capitalismo no conduce a la implosión del Estado, en razón del asincronismo fatal entre la privacidad mercantil y la colectivización política, como anunciaba el pronóstico marxista, sino al advenimiento de una fase de total estatalidad. Con el matrimonio perfecto entre monopolio y Estado se repara definitivamente la falsa separación de lo privado y lo público. El completo sometimiento del Estado a los mandatos del monopolio finaliza en una total politización de la economía. «El primado de la política sobre la economía [...] ha sido definitivamente alcanzado.»<sup>13</sup> En la sociedad de control absoluto, ritos democráticos o escenificaciones autoritarias desarticulan políticamente la conflictividad inherente al sistema de producción y distribución. Ya no hay un espacio público de lucha de clases ni de consenso y disenso entre intereses opuestos. No hay en realidad espacio público ni esfera privada. La política lo allana todo, soldando definitivamente la fragmentación económica. Así como la completa realización de la ley del valor trae consigo su definitiva eliminación, el capitalismo de Estado arrasa con la burguesía en su defensa. «El nuevo Estado aparece claramente como la institución que da cuerpo a todo el poder terrenal.»<sup>14</sup>

10. *Ibid.*, p. 19.

11. Frederick Pollock, «State Capitalism. Its Possibilities and Limitations», en *Studies In Philosophy And Social Science*, vol. 9 (1941), 1, pp. 200-225; y Frederick Pollock, «Is National Socialism a New Order?», en *ibid.*, vol. 9 (1941) 3, pp. 440-455.

12. Frederick Pollock, *State Capitalism*, *op. cit.*, p. 201.

13. *Ibid.*, p. 221.

14. *Ibid.*, p. 223.

Dentro del Instituto mismo la tesis del «primado de la política» del «capitalismo de Estado» radicalizó lecturas sociológicas divergentes, que acarrearón –no sin anecdóticas animosidades– consecuencias personales e institucionales.<sup>15</sup> Franz Neumann fue quien denunció con mayor vigor las contradicciones del argumento.<sup>16</sup> Según su análisis, no sólo la ley del valor y la asimetría de clases permanecían incólumes en la Alemania nazi; ellas explican el autoritarismo, su estructura política y sus manifestaciones culturales. El nacionalsocialismo es un «capitalismo monopólico de Estado» que, incapaz de controlar la economía y el disenso político, ha dado rienda suelta a la ilegalidad más brutal: un Behemot, pero jamás un Leviatán.<sup>17</sup>

A pesar de sus proyecciones irreconciliables, ambos diagnósticos del capitalismo posliberal tironeaban de la misma lógica finalista, heredada de la tradición hegeliano-marxista. Horkheimer intentó sin embargo sortear esa circularidad desplazando del centro de la explicación el concepto de clase social.<sup>18</sup> La historia no es aquélla de la lucha de clases, sino una de guerra entre *rackets*. De ese modo le devolvió a la tesis del capitalismo de Estado un carácter especulativo y político diluido en el tono economicista de la disputa. La eliminación del mercado

15. Los artículos de la polémica en Alfons Söllner/Helmut Dubiel (eds.), *Wirtschaft, Recht und Staat im Nationalsozialismus: Analyse des Instituts für Sozialforschung 1939-1942*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984.

16. Sobre Franz Neumann, véase «Rainer Erd, Franz Neumann und das Institut für Sozialforschung», en Joachim Perels (ed.), *Recht, Demokratie und Kapitalismus. Aktualität und Probleme der Theorie F. Neumanns*, Baden-Baden, Nomos-Verlag, 1984, pp. 79 y ss. También, Rainer Erd (ed.), *Reform und Resignation. Gespräche über Franz L. Neumann*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985. Véase también el posfacio de Schäfer en Franz Neumann, *Behemoth. Struktur und Praxis des Nationalsozialismus. 1933-1944*, editado y con un posfacio de G. Schäfer, Colonia, Fischer-Verlag, 1977.

17. Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and the practice of National Socialism. 1933-1944*, Nueva York, Harper And Row, 1963, p. 16.

18. En esos años la discusión sobre el concepto marxista de clase social debe haber adquirido cierta intensidad en el Instituto. Horkheimer se ocupó del tema en repetidas ocasiones. Max Horkheimer, *Zur Soziologie der Klassenverhältnisse* (1943), ahora en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften, op. cit.*, vol. 12, pp. 75-104. También Adorno trató el tema, véase Theodor Adorno, *Reflexionen zur Klassentheorie* (1942), ahora en Theodor Adorno, *Gesammelte Schriften, op. cit.*, vol. 8, pp. 373-391, para quien: «Con la eliminación de las clases sociales, el dominio de clase se vuelve contra sí mismo. La historia pasa a ser, conforme a la imagen de esta última fase económica, la historia de los monopolios. Tras esta manifiesta usurpación, consumada de común acuerdo por los líderes del capital y el trabajo, la historia deviene una de lucha entre bandas, gángsters y *rackets*», p. 381. De esta lectura económica, Horkheimer extraía también su análisis del antisemitismo. A medida que se elimina la circulación, los judíos van perdiendo su lugar en la sociedad. «Los judíos han sido desposeídos en tanto que agentes de la circulación, porque la estructura moderna de la economía ha desactivado toda la esfera. Ellos fueron los primeros afectados de este dictamen de los dominadores, que se hacen cargo de la función eliminada.» Max Horkheimer, *Die Juden und Europa*, en *Zeitschrift für Sozialforschung, op. cit.*, vol. 8 (1939/1940), 1/2, p. 131.

es antes que nada la concreción del dominio abstracto. Si la circulación denunciaba todavía un momento de diferencia entre producción y consumo, el Estado total inmola al mercado como su perfecto fetiche. El capitalismo de Estado revela así la validez episódica del concepto de clase social. En términos estructurales, se ha desvanecido junto con la propiedad privada; mientras que en el espacio público no actúa como sustrato de dominio ni identifica un sujeto de subrepción histórica. No hay una clase enajenada de sí que represente la totalidad fracturada. Verdaderamente político es sólo el monopolio: el *racket*, el gángster.<sup>19</sup> «Government in Germany was not usurped by gangsters who forced an entry from without; rather, social domination led to gangster rule by virtue of its own economic principle.»<sup>20</sup> La barbarie política no es un accidente histórico; es el correlato inmediato del Estado capitalista en su última expresión; y el monopolio –corporaciones, sindicatos o partidos políticos– no es el abuso del poder, sino sólo la racionalización del dominio, por la cual la humanidad realiza su naturaleza.

El sinceramiento político que trae consigo el capitalismo de Estado, resultante de la actualización del *racket*, desnuda la esencia criminal del contrato social. «El principio social, del que se deduce la ley, se reproduce en el criminal.»<sup>21</sup> La teoría del delincuente complementa la del *racket* en un cuadro rousseauneano. Con la propiedad privada nace la sociedad política que se multiplica en la legitimación del crimen primario. El monopolio capitalista es la actualización del principio criminal de robo y anonimato. El delincuente se denuncia a sí mismo en su incompreensión del individualismo. En ello reside su ilegalidad: en su acción prepolítica. La totalidad funda la unidad social fragmentándola en mónadas, cuya individualidad es la indistinción que impone y garantiza el derecho.

---

19. Según Jay, la teoría de los *rackets* de Horkheimer es en realidad de origen benjaminista, y se asemeja mucho al análisis del dominio político propuesto por Otto Kirchheimer. Martin Jay, *The Dialectical Imagination*, op. cit., p. 156. Véase también Otto Kirchheimer, «In Quest of Sovereignty» (1944), ahora en Otto Kirchheimer, *Politics, Law, and Social Change. Selected Essays of Otto Kirchheimer*, Nueva York-Londres, Columbia University Press, 1969, p. 180. Para Wiggershaus la teoría de los *rackets* intentó ser una compensación frente a las crecientes deficiencias teóricas del Instituto en los Estados Unidos, no obstante lo cual jamás llegó a ser una elaboración coherente. Rolf Wiggershaus, *Die Frankfurter Schule*, op. cit., p. 357. Sobre la teoría de los *racket* se puede consultar el trabajo de Michael Th. Greven, «Zur Kontinuität der “racket-Theorie”», ahora en Michael Greven, *Kritische Theorie und historische Politik*, Opladen, Leske-Budrich, 1994, pp. 157-181; también Iring Fetscher, «Die Ambivalenz des liberalistischen “Erbes” in der Sicht von Max Horkheimer. Eine Skizze zu seinem politischen Reflexionen im Exil», en Alfred Schmidt/Norbert Altwicker, *Max Horkheimer heute*, op. cit., pp. 298-327.

20. Max Horkheimer, *The End of Reason*, en *Studies In Philosophy And Social Science*, vol. 9 (1941), 2, p. 374.

21. Max Horkheimer, *Theorie des Verbrechens* (1942), ahora en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, op. cit., vol. 12, p. 266.

Criminal es la transgresión al *racket*. El ciudadano es el criminal asumido, y la prisión, la sociedad perfecta en miniatura: «El prisionero es la imagen virtual del burgués, a quien él en realidad todavía debe realizar».<sup>22</sup> La negación social del criminal es la particularización de su máxima de apropiación sin intercambio, sobre la base del riesgo individual y el sacrificio de sí. La condena le reintegra a la totalidad su principio.

En el concepto de delincuente se ratifica la sociedad burguesa, que sabe conciliar los intereses individuales con el colectivo, pues sólo en la medida en que ella garantiza la conservación individual, puede al mismo tiempo condenar con la razón, aquello que persigue con su particularismo. El concepto teórico del delincuente no se puede separar de la construcción del contrato estatal, que precisamente por ello obliga a los hombres a obedecer al Estado, quienes para su propio bien le han transferido todo el poder.<sup>23</sup>

Sobre esta identidad entre acción comunitaria y crimen se construye el derecho penal que concibe la privación de libertad como reino de la totalidad. En su encarcelamiento, el prisionero experimenta sin apariencias la libertad del ciudadano. La celda es la forma más pura de simultáneas socialización e individuación. Ideológica no es la cárcel porque condena al socialmente condenado, sino porque crea los mitos de la libertad y la honestidad burguesas. El delincuente es el *racket* desorganizado, que paga con su condena el precio de su alienación: su apoliticidad.

## ii) El poder internalizado

No es improbable que su propio peso filosófico le haya impedido a la teoría crítica un despegue interdisciplinario empírico como originalmente fue concebido. La teoría de los *rackets*, a pesar de los distintos filtros a los que se sometió, quedó como una de las pocas aplicaciones de la dialéctica de la ilustración. El *racket* es la razón instrumental como sistema social; el momento de encuentro entre razón y «conservación de sí» sobre el que se edifica la sociedad política. En sentido metodológico la identificación del acto fundante del individuo con la racionalización del sistema social se concibe a sí como una continuación de la crítica de las robinsonadas teóricas. El *racket* es la producción racionalizada de sociedad: protección. «La protección es el arquetipo de la dominación.»<sup>24</sup> No es un pacto el que funda el *racket*, sino éste a los ciudadanos de aquél. Desde el rito de inicia-

22. *Ibid.*, p. 276.

23. *Ibid.*, p. 268.

24. Max Horkheimer, *The End of Reason*, *op. cit.*, p. 374.

ción hasta el último grado de promoción académica, la inclusión del individuo al *racket* es la historia de la civilización. La conservación de sí hace de la razón un instrumento, y éste, de la asociación humana una banda criminal que institucionaliza la política. «Desde que hay legalidad, tiene los rasgos de lo ilegal. El *racket* no tiene ninguna piedad con la vida ajena, él sólo conoce la ley de conservación de sí mismo.»<sup>25</sup> El vínculo establecido entre el Estado y el *racket* que reproduce el contrato original entre los individuos es la identidad instrumental. Es la distinción a través de la mimesis; la entrega en tanto que protección de sí.

La internalización del poder había ocupado ya el centro de los esfuerzos teóricos del Instituto antes de la emigración. Los ensayos y los resultados de la investigación aparecieron reunidos luego en la célebre publicación *Estudios sobre autoridad y familia*,<sup>26</sup> donde se expresaba de manera ejemplar el modelo de trabajo interdisciplinario deseado. En el prólogo, Horkheimer mismo expone el punto de arranque: «De entre todas las instituciones sociales, que convierten al individuo en un ser pasible de autoridad, la familia se halla en primer lugar».<sup>27</sup> Un tema ya presente en Hegel y en Marx, pero que aparecía revisado incluyendo la psicología freudiana para explicar el autoritarismo político. La sección de psicología del Instituto estaba en manos de Fromm, quien con experiencias terapéutica y de investigación social empírica era uno de los pocos que podía asumir el desafío del estudio.<sup>28</sup> La explicación gira alrededor de la identificación del yo con el superyó.<sup>29</sup> Una operación psicológica «dialéctica» y «compleja» por la cual el poder externo se internaliza, y el yo se proyecta sobre la autoridad externa. «Por un lado el superyó es la autoridad interiorizada, y la autoridad la personificación del superyó; por el otro, la actuación conjunta de ambos facilita la dócil disposición y el sometimiento, que caracterizan la práctica social de esa manera tan asombrosa.»<sup>30</sup> El mecanismo de represión se activa en el vínculo mu-

25. Max Horkheimer, *Die Rackets und der Geist*, op. cit., p. 290. El texto *End of Reason* (supra) apareció ese mismo año en alemán y con ligeras variantes en una publicación del Instituto en homenaje a Walter Benjamin con el título *Vernunft und Selbsterhaltung*. Ahora en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, op. cit., vol. 5, pp. 320-350.

26. Max Horkheimer (ed.), *Studien über Autorität und Familie. Forschungsberichte aus dem Institut für Sozialforschung*, Schriften des Instituts für Sozialforschung 5, Paris, 1936.

27. Max Horkheimer, *Studien*, op. cit., p. VIII.

28. Sobre la contribución de Erich Fromm, véase Wolfgang Bonß, «Psychoanalyse als Wissenschaft und Kritik. Zur Freudrezeption der Kritischen Theorie», en Wolfgang Bonß/Axel Honneth (eds.), *Sozialforschung als Kritik*, op. cit., p. 379. También, Rainer Funk, *Erich Fromm*, Reinbeck bei Hamburg, Suhrkamp, 1983; y Wolfgang Bonß, *Die Einübung des Tatsachenblicks: Zur Struktur und Veränderung empirischer Sozialforschung*, Frankfurt, Suhrkamp, 1982.

29. *Studien*, op. cit., p. 83.

30. *Ibid.*, p. 87.



tuo socialmente condicionado de «amor-odio», establecido entre padre e hijo. Un objetivismo que según Fromm permite incluir un momento de crítica ideológica en la psicología, sin renunciar a su función terapéutica, y liberar al modelo marxista de estructura-superestructura de su determinismo económico. El carácter sadomasoquista no significa un eterno «impulso de sometimiento», sino «una situación espiritual históricamente condicionada».<sup>31</sup> Masoquista es la reducción del mundo a un «destino inexorable». Un fatalismo que «diviniza el pasado», aferrándose a valores tradicionales y a fetiches. Autoritarismo político es práctica masoquista pura.

A pesar del diagnóstico alarmante, los estudios sobre el autoritarismo se nutrían todavía del optimismo terapéutico y el respeto científico de principios de siglo. Los primeros renglones de la *Dialéctica de la Ilustración*,<sup>32</sup> dedicada a Pollock, abren confesando con resignación la pérdida de esa esperanza. Las tesis de la internalización del poder ganaron con ello no obstante un nuevo empujón especulativo. Una reflexión alegórica compacta se ocupa de la constitución de la subjetividad como un proceso de ruptura e identificación de las naturalezas externa e interna. El proceso conoce dos momentos: en el primero, la razón se diferencia de la naturaleza, identificándose con ella. Acto inicial y doble, de mimesis y de diferenciación, expresado ejemplarmente en el «mito», en el cual se revelan los principios de todo saber racional: la astucia como estupidez, y la fidelidad como engaño. El segundo momento de ese movimiento circular es la así denominada «ilustración». Es la eterna «introversión del sacrificio». La subjetividad, creyendo haber domado a la razón, deviene su esclava; la razón, pensando que gobierna el universo, se destruye a sí misma. La última forma histórica de esa caída es la sociedad civil burguesa, que posee a la ciencia como su instrumento de reproducción, y como principios de integración el cálculo y el beneficio.

31. *Ibid.*, p. 113.

32. La primera edición de la *Dialéctica de la Ilustración* apareció bajo el título *Fragmentsos filosóficos* en 1944 como tiposcrito interno del Instituto en Nueva York. Con ligeros cambios se publicó en Amsterdam en 1947 ya como *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*. Sobre autorías y correcciones posteriores del texto original, véase Alfred Schmidt, «Die Stellung der "Dialektik der Aufklärung" in der Entwicklung der Kritischen Theorie. Bemerkungen zur Autorenschaft, Entstehung, einige theoretische Implikationen und späterer Einschätzungen durch die Annahme», en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, op. cit., vol. 5, pp. 423 y ss. Consúltese también Willem van Reijen/Jan Bransen, *Das Verschwinden der Klassengeschichte in der «Dialektik der Aufklärung» Ein Kommentar zu den Textvarianten der Buchsausgabe von 1947 gegenüber der Erstveröffentlichung von 1949*, en *Max Horkheimer Gesammelte Schriften*, op. cit., vol. 5, pp. 453-459. También Alfred Schmidt/Norbert Altwicker (eds.), *Max Horkheimer heute: Werk und Wirkung*, Frankfurt, Fischer-Verlag, 1986.

Los hombres tributan la ampliación de poder con la enajenación de aquello sobre lo cual ejercen su dominio. La ilustración se comporta con las cosas como el dictador con los hombres. Los conoce en la medida en que los puede manipular. El hombre de ciencia conoce las cosas en la medida en que las puede hacer. Por ello, devienen un en sí para él. En la transformación de la cosa se descubre la esencia de ella como lo que siempre fue: como sustrato de dominio.<sup>33</sup>

Más allá de la libertad conceptual que una antropología negativa semejante implica, el núcleo, supuesto en esta dialéctica «ilustrada», presente ya entre las culturas primitivas, es la difracción del universal en las imágenes de la finitud humana. Si la unidad se engeguece en su propio dominio, la fragmentación simbólica naufraga en la trágica búsqueda de la totalidad perdida. El sacrificio y la astucia, que riman esa separación entre infinitud y existencia, caracterizan las formas culturales del mito y la ilustración. Mientras que en el mito el sacrificio representa un producto de la astucia, con la ilustración se da el paso inverso: la astucia proviene de la víctima. La subjetividad, creyendo haber dominado la naturaleza, es sometido por ella. Un *génie malin* del dominio se impone inexorablemente: una vez como necesidad natural; otra, como barbarie política. Desde el punto de vista de la racionalidad, el mito y la razón moderna no se diferencian. Ésa es una de las tesis fundamentales del texto francfortiano: «ya el mito era ilustración, y ésta vuelve a la mitología».<sup>34</sup> La diferencia reside, sin embargo, en la manera por la cual uno u otra subliman la angustia: mientras que el mito la internaliza en palabras, la razón la proyecta en números. En cierto sentido se trata de una dialéctica de la naturaleza, por supuesto, negativa, fundada sobre el eterno retorno del dominio: devorar es ser devorado.

Todo intento por romper con la fuerza de la naturaleza, en la medida en que se somete a la naturaleza, tanto más cae en sus garras. Ése ha sido el curso de la civilización europea. La abstracción, el instrumento de la ilustración, se comporta con sus objetos como el destino, cuyo concepto intenta reparar: como liquidación.<sup>35</sup>

El miedo es en todos los casos el motor que impulsa a la subjetividad al dominio de la naturaleza. La parálisis real, para sí misma fingida en la mimesis, es el primer estadio de la cosificación. Toda operación racional es conjuro y reproducción de angustia a la vez. Certeza y creencia nacen del miedo, que también dicta el principio de la acción. El pánico es naturaleza pura hecha subjetividad. Un proceso que, habiendo comenzado con la primera articulación lingüística, dio lugar al mito y a su abstracción épica, para concluir en la ciencia: «Ilustra-

33. Adorno/Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung*, op. cit., p. 28.

34. *Ibid.*, p. 20.

35. *Ibid.*, p. 31.

ción es el miedo mítico radicalizado». <sup>36</sup> La sociedad funda su soberanía en la homogeneidad política que esteriliza a la individualidad con el miedo inmanente del dominio. El horror es la fuente de lo político que se expurga en la razón moderna bajo su máxima de acción, *conatus sese conservandi*, por la que sucumbe:

La esencia de la ilustración es la alternativa, cuya inexorabilidad es la del dominio. Los hombres han tenido siempre que elegir entre la sumisión frente a la naturaleza, o su propia subjetividad. Con la extensión de la sociedad mercantil burguesa se ilumina el oscuro horizonte del mito con el sol de la razón calculadora, bajo cuyos rayos glaciales madura la simiente de la nueva barbarie. <sup>37</sup>

La eliminación de la alteridad por la cual la razón subjetiva paga su martirio es el axioma de construcción de lo político: la identidad. «El principio de no contradicción es el sistema *in nuce*». <sup>38</sup> Lo que el *racket* institucionaliza es aquello que la ilustración heredó del mito: la razón como sujeto. El lenguaje en la violencia de su imprecisión comunica ese desgarró interior original:

[...] cuando el árbol ya no es meramente un árbol, sino que se pronuncia como testigo para otro, como residencia del maná; el lenguaje expresa la contradicción por la cual algo es por cierto sí mismo y algo diferente de sí, idéntico y no idéntico. Por la divinidad, a partir de la tautología, el lenguaje deviene lenguaje. El concepto, que se define con gusto como la unidad de rasgos de aquello que incluye, fue desde un inicio un producto del pensamiento dialéctico, para el cual todo es sólo lo que es, en la medida en que deviene lo que no es. Ésa fue la forma primitiva de la definición objetivante, a partir de la cual el concepto y la cosa se separaron. Es la misma que estaba ya largamente expuesta en el epos homérico, y se vuelca en la ciencia positiva. Pero esa dialéctica era impotente desde el momento en que se desplegaba a partir del grito de horror, que es la duplicación, la tautología del horror. <sup>39</sup>

El capitalismo de Estado es el despliegue de esa lógica de la identidad de la ilustración. La abstracción mercantil, eliminado el mercado, es únicamente internacionalización de poder político. La mercancía es la definitiva «secularización del sacrificio». <sup>40</sup> Si en la fase del «capitalismo liberal» la mercancía guardaba aún la apariencia de aquel intercambio victimario, pero engañoso, que evocaba la primera afirmativa genuflexión del yo frente a la divinidad, con el capitalismo de Estado el fetiche ha devenido definitivamente la esencia.

36. *Ibid.*, p. 34.

37. *Ibid.*, p. 48.

38. *Ibid.*, p. 90.

39. *Ibid.*, pp. 37 y ss.

40. *Ibid.*, p. 64.

### iii) Pesimismo y política

Sobre las aporías, confesas o no, de la dialéctica de la ilustración abunda literatura. La aplicación de la trama especulativa a la crítica de la «industria cultural» no deja de ser con todo un texto canónico de la filosofía contemporánea, sin el cual no se pueden reconstruir debidamente las variaciones posmodernas. La ilustración elevada a «engaño masivo» es la «falsa identidad entre universal y particular».<sup>41</sup> Con ella devienen, definitivamente, la libertad disciplinamiento, la individuación sumisión, y la integración aislamiento. Falsa es esa identidad no por su irracionalidad, sino por su festejo de la indiferencia; su conciencia del engaño que se regocija en la frivolidad de toda escenificación.

A comienzos de la década de 1940 el pesimismo de Horkheimer alcanza su pico de producción. En un breve ensayo, después aparecido en un homenaje a Benjamin, *The End of Reason* (1940/1942), una prosa fría describe la percepción histórica como el «horror» en el que culmina la civilización de la mano del principio racional de conservación de sí.<sup>42</sup> Poco después, *Eclipse of Reason*,<sup>43</sup> delinea aún más nítidamente esta metafísica histórica como progresiva «formalización de la razón». Una vez como «principio inmanente a la realidad»,<sup>44</sup> otra como «poder subjetivo del espíritu»,<sup>45</sup> la razón ha caído en conflicto consigo misma. La «razón subjetiva», calculadora de «medios y fines»,<sup>46</sup> desacredita irrevocablemente a la «razón objetiva» que se edifica en «la idea del bien supremo».<sup>47</sup> A más tardar la ilustración reduce la razón a técnica, y a ésta la valora con una tabla de costo-beneficio: «La fábrica se ha convertido en el prototipo de la existencia humana».<sup>48</sup> Un tono que no era exclusivo de Horkheimer, tampoco en esos años, pero que anticipaba elementos de una ética ecológica, después tan divulgada en la recepción.<sup>49</sup> Incluso en la retórica sentenciosa se escucha un timbre conserva-

41. *Ibid.*, p. 145.

42. Max Horkheimer, *The End of Reason*, *op. cit.*, p. 387.

43. Max Horkheimer, *Eclipse of Reason*, Nueva York, Oxford University Press, 1947, traducida al alemán por Alfred Schmidt, apareció con el título *Kritik der instrumentellen Vernunft*, Frankfurt, Fischer-Verlag, 1967.

44. Max Horkheimer, *Zur Kritik der instrumentellen Vernunft*, *op. cit.*, p. 16.

45. *Ibid.*, p. 16.

46. *Ibid.*, p. 15.

47. *Ibid.*, p. 17.

48. *Ibid.*, p. 56.

49. «El individuo concibió una vez a la razón exclusivamente como instrumento de su subjetividad. Ahora experimenta la otra cara de su autodivinización. La máquina ha arrojado al piloto. Ella se lanza ciega al espacio. En el momento de su culminación, la razón ha devenido irracional y estúpida. El tema de nuestro tiempo es la conservación de sí, cuando en realidad ya no queda ninguna subjetividad más por conservar.» Max Horkheimer, *Zur Kritik der instrumentellen Vernunft*, *op. cit.*, p. 124.

dor: «Los conceptos fundamentales de la civilización se encuentran en un proceso de rápida decadencia».<sup>50</sup>

Su abstinencia partidista, como la de casi todos los colaboradores del Instituto, sumado al pesimismo radical, le depararon un destino curioso a su testamento político. Las críticas del autoritarismo, en las variables históricas emergentes frente a sus ojos, guiaron desde un inicio su filosofía social. La monstruosidad del nacionalsocialismo resume su crítica de la razón: «El nuevo orden del fascismo en la razón revelándose a sí misma como sinrazón».<sup>51</sup> Tras su regreso a Alemania Horkheimer moderó la severidad de sus admoniciones, pero no su contenido. Un refugio teológico intuitivo, cubierto con un tácito asentimiento de las democracias liberales, lo protegió de discernimientos ideológicos posbélicos. Escritos menores siguieron postulando la teoría crítica como deontología negativa. Pero el contraste entre la concentración en la crítica amorfa de la racionalidad instrumental de la década de 1940 con la unidad interdisciplinaria imprecisa del programa original del Instituto era ya inconfundible. Unir ambas localidades conceptuales distantes ha sido uno de los esfuerzos de la recepción, incluyendo las ideas de Habermas, quien renunciando voluntariamente a esa dicotomía ha demostrado sin embargo un notable arrojío para engarzar los eslabones perdidos del paradigma crítico.

Descompasados entre sí los saberes, y éstos de la acción, la advertencia de Horkheimer sobre el primado político es una metáfora que denuncia la urgencia histórica en la que ha caído la humanidad. En vano se buscará por ello una filosofía de lo político en sus páginas que se destaque de la crítica total de la cultura total. No es improbable que su percepción de la política haya quedado irremediablemente contaminada por una desconfianza provinciana frente a la teatralización de la esfera pública, junto a la tragedia histórica directamente experimentada. La cultura ilustrada centroeuropea zanjó irremontablemente los escapes de esa dialéctica cultural. Hasta qué punto quedó preso del universalismo filosófico alemán lo testimonia toda su traumática lucha por emanciparse. La interpretación de la sociedad total como el triunfo definitivo de lo político en la historia es todavía sin embargo una provocación abierta. El mundo de la razón instrumental es el del encierro técnico de la teoría y la práctica. Es el estadio histórico de liquidación de las mediaciones, la eliminación del mercado a través de la intervención política como coronación del orden social inmediato. La absoluta absorción de las representaciones en la unidad de dominio que es el *racket*. El monopolio es la inversión de la inversión. Un estadio de completa madurez ciudadana, en el

50. Max Horkheimer, *The End of Reason*, *op. cit.*, p. 366.

51. *Ibid.*, p. 387.

cual la obediencia es anterior a la orden, y la satisfacción a la necesidad. Este mundo es puramente político, porque es todo falsedad, sólo mimesis. Sin disputar el fastidio que causan sus exageraciones, el vínculo esencial que traza Horkheimer entre pesimismo y política va más allá de un lamento conservador. Lo político es la paulatina, hasta definitiva, inmovilización del individuo. Es el éxito de Hollywood, que es *racket* por excelencia, que es política auténtica.

Sin militancia, pero con responsabilidad pedagógica, Horkheimer mismo trató de probar en sus últimos años la continuidad de la teoría crítica con el optimismo incondicional en una sociedad totalmente otra. De esa visión se descifra el deseo de la política como el espacio de interacciones ilimitadas sin entradas ni salidas establecidas. Que la democracia como sociedad sin *racket* no es un propósito insensato lo comprueban en cualquier rincón del planeta las encuestas de opinión pública sobre el descrédito de la política y la percepción de la corrupción como el mal social incurable. Que la estática de su edificio teórico difícilmente permita equilibrar tanto realismo con tan pocas ilusiones, poco altera. Lo político cubre los gastos del derrumbe:

[El *racket*] instauró por todas partes una oposición entre adentro y afuera; el hombre, que no pertenecía al *racket*, quedaba afuera en un sentido radical; el hombre como tal estaba perdido. En la cabeza del aislado, sin embargo, dominaban todavía los *rackets* a través de conceptos y esquemas de juicio, de formas de pensar y contenidos provenientes del mundo de éstos. Romper esa frontera entre adentro y afuera es el objetivo de la política, con cuyo cumplimiento se transforma el mundo. En la verdadera idea de la democracia, que en las masas conserva una existencia reprimida y subterránea, no se ha apagado para siempre la intuición de una sociedad sin *racket*. Desarrollar esa idea implica quebrar con una gran sugestión, para lo cual la crítica al *racket* se pone a su servicio.<sup>52</sup>

## Abstract

*The article deals with a political chapter of the Critical Theory partially forgotten by the reception. It first exposes the straight relation between the theses on State Capitalism from Friedrich Pollock with the theory of delinquency from Max Horkheimer. Furthermore it shows how Horkheimer –using the Dialectic of Enlightenment as a background– drafted since the 40's a pessimistic political theory as an historical application of the radical critic on instrumental reason. The key concept is the Racket as organized system of domination.*

52. Max Horkheimer, *Die Rackets und der Geist*, op. cit., p. 291.